

La calle para el viernes 29 de octubre de 2010
Diario de un espectador
Alí, ayer y hoy
Miguel ángel granados chapa

Poco después de llegar a la ciudad de México Alí Chumacero —el poeta muerto hace una semana— se convirtió en personaje de la vida literaria de la capital. Hacia 1940 mereció que el escritor yucateco Ermilo Abreu Gómez, uno de los primeros en estudiar a fondo a sor Juana, lo incluyera en su *Sala de retratos*, libro de semblanzas donde trazó el siguiente apunte:

“Alí Chumacero es una especie de ángel bajado del cielo o de diablo salido del mismísimo infierno. Es además uno de los jóvenes escritores mexicanos de más auténtica calidad. Nada de lo que él luce carece de espíritu y de elevadísimo tono. Su prosa, como su verso —en gestación lógica, dados los pocos años del autor— responde a eso que no se puede explicar pero que se siente y se entiende y que nos da la sensación de que estamos frente a un escritor nacido en día de luna en conjunción con los mejores luceros. No podría esclarecer lo que aquí digo ni falta hace que yo lo haga. Los que están en el ajo, como dicen los gachupines, me entienden. Me entienden también los que están en el secreto de estos oficios del bello y difícil arte de escribir”.

Setenta años después de escritas esas líneas, con motivo de su muerte Esteban Ruvalcaba preparó estas viñetas sobre el poeta finado:

“Invito a comer a Alí a mi casa. Voy por él a la calle de Gelati. Mi hija Erika Coral tenía menos de un año. Cuando entramos, Alí la carga por encima de su cabeza: ‘Para que el día de mañana digas que Alí Chumacero te cargó’, le dice, y la agita. Entonces mi hija vuelve el estómago en la cabeza del poeta nayarita”.

“Me lo presentó don Raúl Villaseñor, un viejo periodista muerto en los años ochenta. ¿Conoces a Alí?, me preguntó una vez, cuando salíamos de una reunión de Las tertulias del mate, en la casa del padre Octaviano Valdés. No, respondí. Pues vamos. Y fuimos. Era domingo. Cuando Alí nos abrió la puerta, tenía en la mano un vaso de whisky. De sus labios escurrieron estas prodigiosas palabras: --Nadie que entre a mi biblioteca por vez primera puede hacerlo desarmado. Bebe, y tienes franco el paso. Y bebí”.

“Solíamos beber en donde cayera la invitación. Don Alfredo Leal Cortés, hombre de letras de Jalisco, de pronto nos telefoneaba y la comida sobrevenía en el Tío Luís, aquel restaurante de la calle Fernando Montes de Oca esquina con Cuautla. No se si exista aún. Bebíamos a granel, Alí su whisky y yo ron o tequila. Después de pagar, don Alfredo se retiraba y Alí y yo nos íbamos a seguirla en la biblioteca de su casa. Hasta altas horas de

la noche. Dos, tres de la mañana. Allí tenía una resistencia que no se la he conocido a nadie más. Bebía como un joven. Jamás perdía la vertical. La cultura, la sabiduría, la corrosión se desparramaban a su alrededor”

“Comemos en la cantina La providencia, cuando aún era atendida por don Javier Toscano, finísima persona. ¿Qué quieres?, le pregunto. Una botella de whisky. Que yo voy a invitar y que nos vamos a beber entre los dos. En esas estamos cuando alguien —no recuerdo quién— se aproxima desde una mesa vecina. Saluda a Alí con respeto y admiración. Maestro, esta botella corre por mi cuenta, le dice y regresa a su lugar de origen. Extrañísima esplendidez. Que tiene que ver con una cartera abultada, es poca cosa”

“Había que oírlo hablar de la gente de Jalisco. Para Arreola, Rulfo, Yáñez, Alatorre no tenía más que palabras de cariño, acompañadas siempre de fina ironía”...